

Crisis, crisálida, crisol

«Las cosas que nos destruirán son:
política sin principios,
placer sin conciencia,
riqueza sin trabajo,
conocimiento sin carácter,
negocios sin moral,
adoración sin sacrificio».

MAHATMA GANDHI (1869-1948)

Crisis, crisálida, crisol... Las tres palabras comparten la misma raíz etimológica. Transformación, alquimia, criba (también comienza por «cri»), nacimiento de una nueva conciencia *crística*, basada en el coraje, el amor, la conciencia, la libertad, la denuncia, el rigor, el fin de la miseria moral, que al fin y al cabo es la que engendra la miseria económica. Cuando esta nueva conciencia se encarna, cuando la crítica y el criterio se impongan, habremos culminado una revolución en la conciencia. Pero aún estamos muy lejos, me temo. Nos queda aún mucho trabajo por hacer.

Repito: crisis, crisálida, crisol, Cristo, crítica, criterio, criba nacen del prefijo sánscrito «Kri», que da voz a palabras tan bellas como *Kripa*, ‘misericordia’; *Kriya*, ‘acción del alma’; *Krit*, ‘fructificación’. El prefijo *Kri* genera voces que suponen una acción fructificadora, transformadora, compasiva, que provoca un renacimiento. En la etimología encontramos entonces el poder revolucionario y sanador de una crisis.

Pero las crisis como la vida sólo son buenas si las hacemos buenas los humanos. Y ahora recuerdo a Erich Fromm: «¿Es necesario producir seres humanos enfermos para tener una economía sana?», se preguntaba hace más de cincuenta años el señor Fromm. Su cuestión era aviso y augurio, y por desgracia se quedaba corta. Hoy, inmersos en una crisis económica de proporciones imprevisibles, cabría incluso redefinir esta pregunta y aumentar su nivel de acidez: ¿Es necesario producir seres humanos enfermos para tener una economía enferma?

Hasta hace apenas cuatro años vivíamos en un mundo donde los indicadores globales de riqueza se mantenían en alza dentro de un ciclo expansivo que duró casi tres lustros. Muchos sostenían que no había techo al crecimiento y respondían furibundos a cualquier consideración que llamara al sentido común, a la prudencia, a poner coto al liberalismo rampante, al crédito desbocado, al endeudamiento exagerado, a los sueldos y a las primas indecentes de muchos altos

directivos, a la recalificación urbanística salvaje de determinados territorios como «motor para la creación de riqueza», entre otros dislates financieros y económicos. Disparates que hoy vemos como evidentes, porque la toma de tierra que está provocando la caída libre y global que estamos viviendo es una bofetada que nos ha hecho abrir los ojos a todos, incluso a aquellos que ya ni se atreven a salir en la foto para predecir en qué escenario nos encontraremos dentro de un par de semanas porque la realidad los desborda día a día.

En ese marasmo de euforia económica parecía no haber mucho espacio para la reflexión serena. Se debía cabalgar en la cresta de una ola que crecía empujada por la embriaguez global, la ambición desmesurada, la percepción subjetiva de riqueza que generaba la extraordinaria facilidad de endeudamiento, pero también por la angustia y la ansiedad que nacen de la presión competitiva para sacar tajada de un pastel saturado de levadura que parecía crecer y no tener fin. Pero algo no cuadraba cuando, en paralelo, y contemplando otro tipo de indicadores —esta vez relacionados con la salud de la especie—, uno observaba estupefacto que las enfermedades psicológicas, la depresión, la angustia o las urgencias psiquiátricas se disparaban a un ritmo incluso mayor que los indicadores de aquello que se viene a llamar el «crecimiento económico».

Alfred Marshall, economista británico de finales del siglo XIX, probablemente el más brillante de su

época, afirmaba poco antes de morir: «He llegado a la conclusión de que la economía es un vano intento de narrar psicología». Marshall apuntaba que, en efecto, todo proceso económico no es más que la manifestación de un conjunto de procesos psicológicos, conscientes e inconscientes, individuales y colectivos. En este sentido se podría pensar que la crisis económica que estamos viviendo no es más que un síntoma, la punta del iceberg de un proceso mucho más sutil y complejo. Se trataría, en definitiva, de una crisis de conciencia entre cuyos ingredientes esenciales cabría destacar la avaricia, el egoísmo, el narcisismo, la paranoia y abundantes trazos psicopáticos, como la falta de sentido de alteridad, de responsabilidad, de integridad, de visión sistémica, ecológica y a largo plazo. Ingredientes todos ellos que nos hacen dignos de un buen psicoanálisis del conjunto de la especie con especial énfasis en aquellos que son los responsables de gobernarla, aquellos que han sido depositarios de la confianza del resto. Gandhi lo expresó como pocos en el aforismo que abre este prólogo.

También el célebre profesor de economía de Harvard John Kenneth Galbraith en su lúcido ensayo *La economía del fraude inocente* advertía en el año 2004: «Medir el progreso social casi exclusivamente por el aumento en el PIB, esto es, por el volumen de la producción influida por el productor es un fraude, y no es pequeño». Quizás ya ha llegado el

momento de que amplíemos los indicadores del desarrollo económico con otros que nos hablen del estado psicológico de las personas que crean, viven y disfrutan o sufren de esa economía. Porque la economía, más que cifras, es personas. Hemos llegado a asumir que tenemos una economía sana en la medida en que producimos y consumimos de manera creciente. Estamos «sanos económicamente» a partir de lo que generamos y devoramos, y se mide nuestra riqueza mediante «macroindicadores» que nos alejan de lo humano, de lo cotidiano, de lo doméstico, de lo real. De todo ello se podría desprender que desde los modelos económicos actuales la persona es algo secundario y el protagonismo lo adquiere por un lado el «consumidor» (el que consume, gasta, devora, come, etcétera) o el ser humano comprendido únicamente como medio de producción. Hoy son «las cosas» las que miden el «éxito» del sistema (vehículos matriculados, superficies construidas, toneladas consumidas...) y la persona reducida a elemento productivo y de consumo es la que avala un aparente éxito que ha estallado en forma de una crisis que necesariamente nos llevará a un nuevo paradigma. Aunque ésta será la primera de una secuencia de otras crisis mayores cuya finalidad será tomar conciencia de obviedades tan evidentes como que no podemos tener un crecimiento económico ilimitado en un mundo limitado. Nuevos modos de pensar, actuar, comunicar,

crear y transaccionar llegarán si queremos sobrevivir a largo plazo como especie.

Nadie desea el sufrimiento, la tragedia o la desgracia. Nadie, servidor el primero, desea el dolor que genera una situación crítica. Pero parece ser que como especie no sabemos aún cómo contener o evitar las crisis. Es necesario que se expanda mucho más la conciencia y que ésta, en forma de ley, ponga coto a los ladrones de guante blanco que campan aún a sus anchas, y que incluso asesoran a presidentes de gobierno que saben bien que éstos, sus asesores, se han enriquecido ilícita y obscenamente a costa de arruinar a una masa ingente de personas trabajadoras (por favor, si no la has visto, no te pierdas el documental/película *Inside Job*; no tiene desperdicio).

Una crisis, toda crisis, ya sea de salud, de pareja, económica o de cualquier naturaleza admite en principio reversibilidad si se actúa rápido, bien, con rigor y conciencia «cribando» aquello que ya no debe prevalecer y dando nacimiento «crisálida» a un nuevo entorno en el que una vez aplicados nuevos hábitos y criterios se pone fin al momento difícil. Pero toda crisis que no es gestionada a tiempo deviene en desgracia o en tragedia. La crisis, por definición, admite reversibilidad. La desgracia o la tragedia, no.

Decía Santo Tomás: «A toda crisis se llega desde el vicio; de toda crisis sólo se sale con la virtud». El momento actual requiere sobre todo de valores y co-

raje. Porque lo contrario a los valores es la miseria. La miseria entendida desde su origen etimológico que determina la incapacidad de amar; por tanto, miserable es quien ni puede ni sabe amar. Por eso tenemos que empezar a enderezar el camino: todos podemos hacer algo en nuestro día a día. Tendremos que emprender el camino de las acciones cotidianas, de cultivar todo aquello que no se ve: actitudes, principios, paradigmas y esencialmente valores. Y de ser muy conscientes de qué compramos y a quién, dónde ponemos nuestro dinero y qué uso se hace de él. Nuestra indignación debe traducirse en pequeñas y grandes acciones. Las pequeñas, en lo cotidiano, podrían cambiar la realidad en un instante. Las mayores reforzarían las primeras. Y a todo ello cabría añadir una buena dosis de pedagogía sobre la inteligencia ética y espiritual, no dogmática, la que promueve el respeto a la dignidad y el amor a la vida fundamentalmente.

El contexto puede parecer sin esperanza si atendemos a los titulares de los informativos. Las personas interpretamos el mundo a partir de los estímulos que recibimos. Y los medios de comunicación básicamente generan economía de atención a partir de la gestión del miedo y la adrenalina. Y cierto que hay muchos problemas por resolver, muchas cosas por hacer, pero también hay gente extraordinaria, gente anónima, que no tiene ni un titular ni una columna. Y estas personas hacen que las cosas funcionen. Porque hace mu-

cho más ruido un árbol que cae que mil millones de árboles que crecen. Y hace mucho más ruido una bomba que mil millones de caricias, pero en los titulares sólo nos hablan del árbol caído y de la bomba arrojada, pero la buena gente es la que salvará esta situación, como lo ha venido haciendo siempre.

Como decía el doctor Viktor Frankl, superviviente de Auschwitz, tenemos la responsabilidad y la libertad de dar en cada momento lo mejor de nosotros mismos y de cuestionarnos cómo podemos contribuir en lo individual y en lo colectivo hacia una transformación positiva de nuestro entorno, una evolución global, partiendo de un pequeño gesto, una suma de actitudes que devienen en nuevos hábitos, una suma de hábitos que forjan un carácter, una suma de caracteres que cambian una sociedad, una nueva sociedad que define un nuevo destino.

El trabajo que nos queda por hacer no es baladí. La cultura, la formación, la palabra, la conciencia encarnada en una ley justa y verdadera son el único camino hacia la calidad humana, ecológica y social. La legalidad debe estar al servicio de la moralidad. Sólo con ellos podemos evitar el abuso, la estafa, el saqueo, el robo, la ignominia, causas de esta crisis. Sólo la buena gente hará buena esta crisis. La buena gente que sabrá elegir bien lo que compra y lo que vota, en quién confía, qué elige, qué leyes promueve, a qué se debe poner coto.

Mejoraremos el mundo, nos convertiremos en su alma, sabremos al final que la economía tiene que estar al servicio de la humanidad y no al revés. Llegará un día en que acabaremos con los «paraísos» fiscales, como, por ejemplo, acabamos con los campos de exterminio de Auschwitz, Belzec, Sobibor, Stutthof, Sachsenhausen y Ravensbrück, Treblinka y tantos otros. Hemos sabido acabar en otras ocasiones con el dolor, la injusticia y el sufrimiento. Sabemos lo que hay que hacer. Sólo falta hacerlo.

Porque esta crisis nos llevará, tarde o temprano, a una revolución de la conciencia. Eso o estaremos condenados al marasmo global. Y no somos tan estúpidos. Hasta aquí hemos llegado. Seguiremos remando, con amor, por lo que tiene sentido, por los que amamos, por esta bella tierra que nos da la vida. Ojalá ésta sea finalmente una buena crisis, crisálida, crisol.

Álex Rovira Celma

Carta 1

Gracias, Crisis

«Nuestros momentos de más lucidez suelen tener lugar cuando nos sentimos profundamente incómodos, infelices o insatisfechos. Pues es en estos momentos, empujados por nuestra insatisfacción, cuando salimos del camino trillado y empezamos a explorar maneras diferentes de hacer algo o respuestas más certeras».

M. SCOTT PECK, *Un camino sin huellas*

Estimado amigo:

Quizá has fruncido el ceño con la frase que encabeza esta misiva. ¿Agradecer las vicisitudes, preocupaciones, desplomes, cancelaciones de planes, sustos —por qué no llamarlos por su nombre— de este periodo de oscuridad económica y de posibilidades

vitales guillotizadas? Sí, crees que estoy de broma. Bromeando de forma pesada y sin gusto ni solidaridad con los miles de desempleados y sus sueños cimentados en la hipoteca de TODO. Cómo pedirte que mantengas la confianza en medio del maremágnum de miedos, decepciones y sombrías expectativas. Pues lo hago sin ninguna duda ni reparo. Es cierto, apelo a tu esperanza porque...

LA CRISIS:

— Puede proponernos que nos zambullamos en nuevos escenarios que aparecen de manera inesperada.

— Nos fuerza a adaptarnos a las emergencias y nos zarandea para que nos demos cuenta de lo que somos capaces de conseguir. Hasta que no caemos no somos conscientes de nuestras capacidades porque todo nos resulta fluido, fácil.

— Las (en plural porque, como leerás, aparecen por doquier en el guión de nuestras vidas) crisis son la oportunidad para tomar consciencia, para abrir los ojos y ver aquello que no podíamos o no queríamos ver. Las crisis, en definitiva, son el puente más seguro y, sin embargo, menos transitado hacia estos territorios esenciales y valiosos de uno mismo.

Por todo esto y lo que descubriremos juntos,

DEMOS LAS GRACIAS A LA CRISIS.

Te daré un buen ejemplo de lo fructífero de la dificultad: el desarrollo de la creatividad para salir adelante en países con carencias que he tenido la suerte de visitar, y donde me quedo absolutamente maravillado con el ingenio y la sonrisa, dos recursos que conforman no el sobrevivir, sino lo que llamaré, con admiración, el SUPERVIVIR.

Cuando caminas por la vida sin que únicamente te importe la cantidad, y gozas con la calidad de tus actos y emociones, supervives. Así, en circunstancias desfavorables y hasta extremas, en Latinoamérica, Asia e incluso a no tantos metros de donde estás leyendo ahora, las personas se crecen, inventan, cultivan la esperanza, incluso intentan hacer germinar aquello que les dará de comer —aunque sea en raciones paupérrimas—, se entusiasman con cada pequeño triunfo y confían en el prójimo para arrastrar el barco de la vida. Hablo de una supervivencia que, aunque no exenta de privación, es rica en humanidad, una humanidad que se sorprende por la actitud de los *ricos*.

Un amigo colombiano, Miguel, dice que los europeos sonreímos poco y nos amedrentamos a la primera de cambio. ¿Tiene razón? Mucha, creo. Deberíamos pensar seriamente si la única diferencia entre los mundos con diferentes velocidades es económica. El sueño de un inmigrante se desvanece cuando comprueba que, en la mayoría de los casos, en la sociedad

de la opulencia y las posibilidades el dinero parece ser el único sinónimo de felicidad. «Lo tienen», piensa, «y siguen corriendo sin parar, sin sonreír, sin celebrar su comodidad». La respuesta, no sólo para nuestro compañero de vida llegado de otro mundo, sino para los que habitamos en éste (el de «lo bueno, bonito y poco barato»), es que la inteligencia emocional y social está por encima del intelecto o del dinero. No hay clasismo absurdo si se proyecta sentido, amor y responsabilidad.

Amigo mío, aceptemos por fin la gran ironía de la vida. La vida es igual a atravesar el páramo de la crisis. Vivir incluye la dualidad de la vida y la muerte. Es caer y levantarse. Es primavera y verano. Es inspiración y espiración. Es sístole y diástole. Es noche y día. La dialéctica que generan las antítesis es el impulso en el que reside la vida. Porque todo lo aparentemente dual forma parte de la dimensión global de la existencia, en la que la crisis ocupa, en principio, el lugar de lo que nos resulta desagradable y frustrante. Te sonará irónico que afirme con rotundidad que *CRISIS ES VIDA*. Mi gran baza es gritarlo a los cuatro vientos y añadir que la experiencia del sufrimiento nos brinda la llave de la transformación. Nos enfrentamos a una ruptura, sí, pero también en positivo, para nosotros mismos y para los que nos rodean. Caminemos, entonces, hacia lo desconocido.

Me he fijado también en que, gracias a la crisis, propiciamos el cambio. Y que es mucho peor el no-cambio, la resistencia a aceptar que las cosas han cambiado de forma significativa, ya que ello nos arrastra indefectiblemente hacia una situación crítica aún peor. Cruzarse de brazos cuando hay un incendio es síntoma inequívoco de que un pirómano habita en nosotros. Basta ya de la queja estéril y cacareante, del suspiro resignado, la conversación pesimista, el aburrimiento, la inercia, la insatisfacción, el vacío, la desidia, el futuro sin sentido. La rutina deriva en crisis porque el inmovilismo es insostenible; es, literalmente, muerte.

Del mismo modo, y porque el veneno siempre está en la dosis, no nos pasemos por exceso. Aun cuando hablamos de crecimiento económico, no se puede mantener un crecimiento interanual de dos cifras y asumir que es *lo normal*, como hemos amargamente comprobado en nuestras carnes. Asimismo, si nuestros huesos crecen sin medida, terminan por romperse. Las astillas de circular por la vida sin un cambio medido y positivo nos hieren de manera profunda, incluso más que aquellas a las que tanto tememos y que pueden ayudarnos a salir del agujero, como en la parábola *El caballo en el pozo* que tanto me gusta recordar.

Cuenta la historia que un campesino, que se enfrentaba a grandes dificultades para salir adelante,

tenía algunos caballos para los trabajos de su pequeña propiedad. Un día, para su pesar, su capataz descubrió uno de los animales en un pozo muy profundo del que sería casi imposible sacarlo. Aunque el caballo no estaba herido, el campesino evaluó la situación y concluyó que la operación de rescate suponía una inversión demasiado alta. Decidió entonces que era preferible ordenar al capataz que sacrificase al caballo lanzando tierra en el pozo hasta enterrarlo. Comenzaron a rellenar el pozo con tierra, pero a medida que ésta caía sobre el animal, se la sacudía, la pisoteaba y quedaba acumulada en el fondo del pozo, lo que posibilitaba al caballo subir y subir hacia la superficie.

En definitiva, estar en el pozo, a merced de las deudas, las críticas o la tristeza no es una señal para que nos abandonemos a ser enterrados por ellas, sino un acicate para que las apartemos y las usemos para llegar hasta arriba caminando sobre ellas y respirar a pulmón abierto. Insisto en mi ironía: que la situación no te entierre, entiérrala tú.

En este sentido, el médico cirujano Jorge Carvajal, que se autodefine como «un carpintero de las almas», ha analizado con buen ojo emocional las consecuencias (¿o causas?) de la crisis económica que atravesamos y la angustia social que creemos que de ella se deriva. Bajo el acertado título de «La contracción puede ser una bendición», Carvajal se alinea con los que estamos seguros de que sentirnos agradecidos,

de forma sana y consciente, con lo crítico no sólo es un gesto de responsabilidad, sino que nos conecta con nuestra humanidad. El médico y pensador describe en preciosas imágenes y metáforas lo que esta crisis nos regala: «Una expansión interior, un encender del corazón para que la tierra sea hogar y hoguera. Perdimos el contacto con lo esencial cuando confundimos ser y tener, vivir y consumir, existir y cosechar. Y ¿qué hemos sembrado? La ilusión de una libertad sin responsabilidad. Una cultura es un cultivo y, para cultivar la nueva tierra, hemos de cultivar la de nuestro cuerpo, la de nuestra energía. Hemos de cultivar la tierra de nuestras relaciones humanas, pues de ella nace toda economía. Hemos de cultivar la tierra de todas nuestras religiones para que sean religiones del amor y el amor sea nuestra verdadera religión». No se puede expresar mejor.

El amor, a ti, amigo confidente, y a lo que nos rodea, es el motor que nos concilia con la dificultad y nos permite extraer lo mejor de ella. El amor, como te contaré más adelante, es la materia prima de grandes manufacturas humanas como la transformación, el sentido, la creatividad, la innovación, la «r-evolución»... Todo lo que conforma, engarza, articula y resulta de una o varias crisis. Lo he percibido también en una historia muy especial con la que quiero acabar esta carta, y que estoy seguro de que te conmoverá, te emocionará y despertará tu admiración.

Dick Hoyt, un ex militar estadounidense de 69 años, hoy reciclado en profesor, protagoniza junto a su hijo Rick, de 47 años, una de las demostraciones de superación más increíbles de la historia. Rick es un discapacitado con parálisis cerebral de nacimiento, lo que le impide hablar, andar, manipular, moverse libremente, coordinar de manera adecuada manos y brazos. Se comunica a través de un programa informático especial que interpreta los movimientos de la cabeza y los traduce en palabras con las que construye frases. Fue a los 12 años cuando Rick pudo expresarse por primera vez de esta manera. Gracias a que sus padres no renunciaron a que tuviera un papel activo y autónomo en su vida y a que ignoraron el diagnóstico de los médicos que indicaron que se mantendría en un estado vegetal permanente se produjo el milagro que ahora te contaré. También fue mérito de los ingenieros de la Universidad Tufts, que reconocieron que el sentido del humor que manifestaba Rick indicaba inteligencia. A sus 12 años Rick fue capaz de aprender a usar ese ordenador especial para comunicarse mediante los movimientos de la cabeza. Las primeras palabras que logró escribir fueron «¡Vamos, Bruins!», un grito de ánimo para su equipo local, por lo que su padre comprendió que era un amante del deporte y decidió embarcarse con él en una peculiar aventura para realizar los sueños de su hijo: entrenar y competir juntos en maratones, triatlones y grandes

desafíos físicos, llevándolo como un adulto lleva a un bebé en su carrito. Con el ejemplo de su padre, Rick ha visto de primera mano cómo es posible lo aparentemente imposible, cómo la fuerza del amor y la voluntad de mejorar ganan la partida por goleada a la resignación y a la apatía.

Conocidos como el «Equipo Hoyt», Dick y Rick hicieron juntos su primera carrera en 1977. Desde entonces y hasta hoy han participado en más de mil competiciones, incluidas más de doscientas triatlones (seis de las cuales fueron competiciones Ironman, que consisten en concluir una maratón completa —es decir, cerca de 44 kilómetros de carrera—, junto con 180 kilómetros en bicicleta, a los que hay que añadir cuatro kilómetros a nado; todo seguido, una prueba tras otra). A su palmarés se añaden veinte duatlones y sesenta y cuatro maratones, incluidas veinticuatro maratones de Boston consecutivas.

Es impresionante ver cómo el padre, Dick, de casi 70 años, lleva a Rick, de 47 años y cerca de setenta kilos de peso, en una silla especial acoplada a su bicicleta, lo arrastra en un bote cuando nada o lo empuja en una silla de ruedas adaptada cuando corre. Uno no puede llegar a entender cómo un hombre a tal edad tiene la energía para culminar una competición más que durísima como es la Ironman mientras carga con el peso de su hijo y de los dispositivos necesarios para ello; además ha obtenido unos registros asombrosos.

Gracias al ejemplo de su padre, Rick estudió, acabó el bachillerato y se licenció en Educación Especial por la Universidad de Boston. Actualmente vive una vida autónoma en su propio apartamento y es un profesional que trabaja en el Boston College.

Los milagros existen. La crisis los propicia, si queremos, si creemos que podemos. Y aunque nada nos garantice que todo tenga un final feliz, ejemplos como éste nos brindan, sin duda, nuevas perspectivas. Te aconsejo vivamente que entres en YouTube, busques «Team Hoyt» y mires... Ya me dirás qué sientes...

Al ver tal historia de vida y de sobreesfuerzo de este equipo padre-hijo, uno no puede más que conmoverse profundamente y pensar que hay crisis que parecen insuperables, pero que, como humanos, nuestra batería de recursos para gestionarlas y superarlas es mucho mayor de lo que imaginamos.

Un fuerte abrazo,

Álex

PD. El tenor ciego Andrea Bocelli alaba el papel que la crisis ha tenido en su vida y en su carrera de la siguiente manera: «Dudar no sólo te ayuda a crecer, sino que te libera de la obligación de estar siempre en lo cierto, que no deja de ser una forma de esclavitud.

Paradójicamente, uno suele tener más razón cuando no desea demasiado tenerla. La duda es patrimonio de los fuertes; los débiles e inseguros no se pueden permitir ese lujo... Sólo una mente abierta y porosa pregunta de manera genuina. Sólo una persona honrada admite la posibilidad de estar equivocada». Y sí, quizá la primera clave para cambiar en una situación crítica es la capacidad de cuestionarse y, de este modo, abrir la mente a otras posibles maneras de entender y construir la realidad.